

EL COYOTE

J. MALLORQUÍ



**El «Cobra»
Vuelve**

**La Sepultura
vacía**

El Cobra vuelve:

Pack Manigan, El «Cobra», vuelve a Los Ángeles con intención de ayudar a Paquita, criada de don César y embarazada de Bob Libby, el hijo de un banquero, y que es la hermana de Sonora, un amigo suyo fallecido.

La sepultura vacía:

Tommy Gómez había abandonado su seguro refugio en Méjico y regresaba a California para matar a un hombre. Por ello, a menos que tuviera mucha suerte, le condenarían a morir ahorcado; pero no le importaba. Era su deber.

Índice de contenido

Cubierta

El Cobra vuelve & La sepultura vacía

El Cobra vuelve

Capítulo primero: El Coyote sin su máscara

Capítulo II: Los oídos de Paquita

Capítulo III: La mujer del Coyote

Capítulo IV: La bandejita de latón

Capítulo V: Secuestro

Capítulo VI: Padre e hijo

Capítulo VII: La identidad del hombre de Ningún Sitio

Capítulo VIII: El tesoro

Epilogo

La sepultura vacía

Capítulo primero: Regreso al peligro

Capítulo II: Tragedia en Chapultepec

Capítulo III: Los Ángeles, 1843

Capítulo IV

Segunda parte - Los Ángeles, 1868 Kate Dolin

Capítulo V: Una amenaza en público

Capítulo VI

1. Ruidos nocturnos

2. En el cementerio

Capítulo VII: El unico culpable

Capítulo VIII: California, 1870 - Regreso al peligro

Notas

A Juan Sampere, en agradecimiento a una idea
argumental.

J. MALLORQUÍ

Capítulo primero: El Coyote sin su máscara

Por dos veces, Bob Libby fracasó en su intento de encender otra cerilla. El viento, que soplaba con ráfagas breves y bruscas, apagaba la llama antes de que pudiera prender en la madera. Libby daba diente con diente en su nerviosismo por conseguir fijar su mirada en el rostro del Coyote. Sin embargo, el viento era como un perro guardián, agazapado y quieto mientras Bob no se movía; pero que saltaba violentamente sobre él cada vez que la sulfurosa cabeza de una cerilla pasaba sobre el papel de lija.

Seguían cayendo grandes y calientes gotas y de la tierra subía un hálito sofocante. Bob comenzaba a sentir miedo de la soledad y, sobre todo, miedo de su victoria, si es que era, realmente, una victoria. Palpó nuevamente el cuerpo del Coyote. A través de sus manos llegaba una vibración o latido que tal vez fuera su propio temblor.

—Es mejor que me asegure —se dijo—. Le dispararé contra el pecho...

Pensó en el premio que se ofrecía al que detuviera vivo o muerto al famoso bandolero enmascarado. Cincuenta mil dólares resolverían muchos de sus problemas, y con ese dinero podría, además, buscar el tesoro...

Durante el tiempo que llevaba arrodillado junto al Coyote, Bob había guardado el revólver bajo el sobaco. Lo empuñó de nuevo y con las yemas de los dedos de la mano izquierda comprobó si estaba cargado. Los dedos percibieron la dureza del plomo de los cartuchos dentro del cilindro del arma.

Maquinalmente se puso en pie y, como antes la del Coyote, su figura se recortó contra el más claro fondo del cie-

lo. Arreció la lluvia, sin que llegara aún a ser aguacero. Bob extendió la mano hacia la caída figura y, apretando los labios, apretó al mismo tiempo el gatillo. Por un brevísimo instante, Bob creyó que el revólver, cargado con cartuchos demasiado fuertes, había saltado de su mano a efectos del retroceso; pero esta impresión duró sólo un momento, y la verdad abrióse camino hasta su cerebro, aunque sin tiempo para más, porque a la vez que se daba cuenta de que el pie del Coyote había subido con furiosa energía hasta su mano, el resto del cuerpo del misterioso californiano parecía brotar del suelo y Bob, desarmado, recibió el primer golpe en el hombro izquierdo.

Girando sobre la punta del pie, se encontró de espaldas al Coyote y aprovechó la oportunidad para huir; pero su adversario no permaneció inmóvil y en medio de un intenso aguacero se agarró a las piernas de Libby, haciéndole caer sobre el encharcado suelo.

Rodaron los dos hombres; pero el Coyote, saltando como un jaguar, se precipitó sobre la espalda de Bob y levantando el puño lo lanzó contra el cuello del joven, que sólo pudo lanzar un suspiro y quedar tan sin sentido como en el momento en que disparó contra Stice.

Rendido por el esfuerzo, el Coyote permaneció sobre su adversario, respirando entrecortadamente y apoyando las manos contra los hombros del joven. La lluvia, empapando el traje y corriendo por el cabello y las mejillas, le devolvía poco a poco la noción de la realidad. También le aliviaba el golpe recibido en la cabeza.

—¡Por poco...! —suspiró—. ¡Caray!

La lluvia le había hecho recobrar el sentido a tiempo de ver sobre él, dibujándose contra el cielo, la silueta de un hombre en cuya extendida mano un revólver captaba un lejano destello. Su reacción fue instintiva, y ahora procuraba recordar lo ocurrido anteriormente.

Se dirigía al Rancho de San Antonio por el camino que utilizaba cuando le convenía hacer el viaje de prisa. Por re-

gla general prefería seguir los barrancos y hondonadas, cuya herbosa superficie apagaba el golpear de los cascos de su caballo y, al mismo tiempo, le libraba del peligro que representaba el coronar las lomas y alturas. El que la luna estuviese oculta tras las nubes le hizo confiar demasiado. Al coronar una loma y en el momento en que el caballo, tras el esfuerzo realizado en su galope cuesta arriba, deteníase para emprender el descenso por la otra ladera, la oscuridad vióse taladrada por varios fogonazos. Sobre su cabeza zumbaron los proyectiles y algunos de ellos alcanzaron al animal. Este se encabritó y al mismo tiempo él había notado un violento golpe en la cabeza. Después todo fueron tinieblas, de las que salió a tiempo de desarmar a aquel desconocido que le estaba apuntando con un *Smith* que tenía el afortunado defecto de ser niquelado y, por ello, susceptible de reflejar cualquier luz o fulgor.

Al recordar el golpe que le dejara sin sentido, el Coyote se llevó la mano a la cabeza. Por el escozor que notaba comprendió que había recibido una herida superficial, cuya importancia desaparecería ante la gravedad del descubrimiento que hizo al bajar la mano hasta la sien y notar la ausencia del antifaz.

Un escalofrío le corrió por el cuerpo. La pérdida del antifaz no podía deberse a un accidente, pues lo llevaba bien asegurado, en previsión de cualquier caída o tirón fortuito.

Incorporándose hizo dar media vuelta al prisionero, pero, como antes a Bob, la oscuridad le impidió a él identificar a su enemigo. La lluvia hacía inútil intentar el uso de cerillas. No quedaba otro remedio que llevar al prisionero hasta donde le fuese posible ver su rostro.

Por si el agua ejercía en el otro los mismos reanimadores efectos que en él, el Coyote repitió el golpe contra el cuello de Bob, prolongando así su estado de inconsciencia; luego fue al sitio de donde se había incorporado y a tientas dio con el antifaz. Se lo puso de nuevo y a continua-

ción emprendió la búsqueda de su caballo. Cuando dio con él lo encontró muerto. De la silla recogió el lazo y volvió sobre sus pasos.

La situación no podía ser menos agradable. El rancho estaba lejos. Quizá utilizando el caballo del otro...

Emprendió su busca; pero tampoco dio con él. Tratándose de un animal alquilado, el verse libre le hizo emprender el regreso a su cuadra.

Aunque el Coyote no podía saber esto, comprendió que algo así debía de haber ocurrido y volvió adonde estaba el causante de tantos contratiempos. Tenía dos soluciones: dejarlo atado allí, utilizando el lazo, o llevarlo consigo al Rancho de San Antonio. Cualquiera solución tenía sus inconvenientes. Si dejaba al hombre atado a un árbol y alguien, por casualidad, lo encontraba, se exponía, al volver en su busca, a caer en una trampa. Llevarlo al rancho era tanto como descubrir su identidad. Claro que su identidad podía ser ya del dominio del desconocido.

—Nos decidiremos por el término medio.

Ató con el lazo los brazos del otro y aguardó, bajo la lluvia, a que volviera el sentido al cerebro del prisionero. Esto sucedió unos doce minutos después, y la primera noticia fue un gemido de Bob. El gemido siguió un movimiento y luego esta pregunta:

—¿Dónde estoy?

—Hola —dijo el Coyote, inclinándose sobre el joven.

—¡El Coyote! —gritó Bob—. ¡Dios mío!

Ahora le tocaba el turno de recordar los sucesos anteriores a su pérdida del conocimiento.

Por su parte, el enmascarado experimentaba cierto asombro ante la exclamación del joven. Había pronunciado el nombre del Coyote como si no conociera otro. Esto podía significar ignorancia de la identidad del enmascarado o bien un intento de desconcertarle, haciéndole creer que no había podido verle el rostro.

¿Lo había visto? Indudablemente debió de tropezar con las mismas dificultades que él. La oscuridad, la lluvia y el viento...

—En marcha —ordenó a Bob—. Como usted mató a mi caballo y el suyo escapó hacia Los Ángeles, tendremos que ir andando. Perdóneme si le tapo los ojos. Quiero evitarle la molestia de ver lo que no le importa.

Con el pañuelo de su prisionero, el Coyote le tapó los ojos y luego le obligó a caminar hacia el Rancho de San Antonio, aunque su meta se encontraba antes de llegar a la hacienda.

Bob se dejó gobernar dócilmente. Por un brusco cambio de la suerte pasaba de vencedor a vencido, de la misma forma que, sin esperarlo, había conseguido lo que hasta entonces nadie pudo lograr. ¡Tener inerme al Coyote, a su merced!

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó.

—¿Qué opinaría usted de un hombre que le apuntase con un revólver con todas las apariencias de estar dispuesto a disparar, aunque usted se hallase sin sentido?

—Supongo que me sentiría demasiado asustado para opinar. Por lo demás, no comprendo qué quiere decir.

—Sólo quiero decir que cuando un hombre se dispone a convertirse en asesino, pierde todos los derechos. Si no me complace, le mataré, aunque es posible que si me dice quién le indicó dónde podría encontrarme, tal vez me apiade de usted.

—Me lo dijo Sonora.

—¿Y quién es Sonora? —preguntó el Coyote, sin demostrar ninguna sorpresa ante la asombrosa declaración.

—Sonora es el hermano de Paquita, una de las criadas de don César de Echagüe.

—¡Jamás lo hubiera creído! —exclamó el enmascarado—. ¡Un hombre que me debe tantos favores! Le someteré a un interrogatorio y si confirma su traición...

Dejó la frase sin terminar, esperando alguna reacción de su prisionero; pero éste no dijo nada.

Seguía lloviendo, pero con menos intensidad que antes. En breve la lluvia cesaría, pues entre las nubes más densas se advertía una tenue claridad lunar que aún no llegaba a la encharcada tierra.

Al cabo de un buen rato, el Coyote obligó a su prisionero a meterse entre las carrascas, que descargaron sobre los dos hombres una lluvia de frías gotas. El Coyote llevaba tenso el lazo y guiaba a Bob con breves e imperiosas órdenes.

—A la derecha.

—Siga adelante.

—Tuerza a la izquierda.

Así llegaron frente a una de las cabañas de troncos que desde los tiempos de la fiebre del oro se levantaban por aquellos lugares. El Coyote hizo entrar en ella a su cautivo y, una vez dentro, ató al joven al poste que sostenía el tejado de la cabaña. Luego, a tientas, encontró la mesa en cuyo cajón había algunas cerillas. Encendió una y con ella un cabo de vela metido en el gollete de una botella.

Bob bajó la cabeza, esquivando la mirada del Coyote; pero éste no necesitó mucho para reconocerle.

—¡Otra vez!... —comentó—. ¿Quién iba a suponerlo? El Destino lo cruza excesivamente en mi camino, jovencito. ¡Si supiera usted lo mal que terminan cuantos se interponen a mi paso!

Bob sentía un miedo cerval. Empezó a preguntarse por qué no había terminado con el Coyote, cuando lo tuvo en sus manos. Luego recordó que no pudo hacer más de lo que hizo desde que se dio cuenta de quién era el hombre a quien sin querer había herido.

—Fue un error... —murmuró.

—Desde luego. Cometió usted un grave error —contestó el Coyote—. Quiso cazar una pieza demasiado importan-

te. Con perdigones de cazar conejos nunca se han cazado lobos.

—Yo no le quería cazar a usted.

—¿Ha cambiado de opinión? ¿O es que la memoria le falla?

—No es eso. Le digo la verdad. Yo buscaba a otro. A...

—¿A quién?

—¿Qué importa? De veras que no disparé contra usted creyendo que fuese el Coyote. Me engañaron.

—¿Quién le engañó?

—Sonora. Ya se lo dije antes.

El Coyote sonrió levemente.

—Le voy a dejar un rato aquí para que pueda encontrar una explicación más convincente. Supongo que no le dará miedo que apague la luz.

Sin esperar la respuesta, el Coyote apagó de un soplo, la vela y salió de la cabaña.

Densas y negras nubes flotaban sobre un cielo ceniza claro. Sólo se escuchaba el gotear del agua desde las ramas de los árboles a las hojas y los arbustos. El californiano avanzó un rato entre los matorrales, hasta llegar al pie del muro que rodeaba el Rancho de San Antonio. A tientas reconoció la pared de ladrillos y, una vez seguro de dónde podía poner los pies, la escaló con simiesca agilidad, saltando al otro lado sin repetir su error de exponer su figura contra el claro fondo del cielo, en el cual ya brillaban algunas estrellas.

Uno de los perros guardianes llegó a él y buscó, alegre, una caricia. Ni el traje ni el antifaz engañaban al fiel animal. El Coyote siguió hacia las casas, por los senderos que cruzaban los sembrados. Otros perros acudieron a su encuentro. Eran feroces mastines capaces de destrozar a un enemigo y de dejarse matar por su amo.

El Coyote se detuvo junto a la entrada secreta del subterráneo. La luz que brillaba en la ventana de una de las habitaciones de la servidumbre, atrajo toda su atención.

—¿Paquita levantada aún? —preguntóse.

Revisando mentalmente el terreno que iba a pisar, el Coyote fue hacia aquella luz. Libby había mencionado dos veces a Sonora, el hermano de Paquita. ¿Sería posible que estuviese en Los Ángeles?

A pesar de lo que él mismo le había dicho a ciegas al padre de Bob, no lo creía. Las últimas noticias recibidas del mejicano situaban a éste al otro lado de la frontera, ocupado en evitar a los rurales.

Como una sombra llegó junto a la ventana de la habitación de Paquita y, en el mismo instante, la figura de un hombre se interpuso entre la luz y el cristal.

El enmascarado se quitó el sombrero, cuya ancha ala podía denunciarle, y pegando el rostro a la pared miró al interior de la habitación. Frente a él, con la mano en el pecho y el terror reflejado en el rostro, estaba Paquita. Mirándola, y de espaldas, por tanto, a la ventana, se encontraba un hombre vestido como cualquier norteamericano de los que trabajaban en los ranchos o en las minas. De su cintura pendían dos revólveres, y, a pesar del miedo que se pintaba en las facciones de Paquita, el desconocido no había adoptado ninguna actitud amenazadora.

¿Desconocido?

El Coyote se repitió la pregunta. No. Aquel hombre no era un desconocido para él. Le había visto antes. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias? Por muy buena que fuese su memoria, eran demasiados los hombres que en plan de amistad o enemistad se enfrentaron con él. De lo que no le cabía la menor duda era de que aquel hombre no era hermano de Paquita.

Suavemente, aprovechando el momento en que de la lejanía llegaba el eco de un rezagado trueno, el Coyote empujó la ventana, entreabriéndola unos centímetros. Lo suficiente para oír lo que Paquita estaba diciendo:

—... pero algo se puede hacer por él, ¿no?

El hombre contestó moviendo negativamente la cabeza. La desesperación de Paquita aumentó visiblemente.

—Es que ya he perdido la esperanza. Y si él no viene..., me tendré que matar antes que sufrir la vergüenza...

—Yo puedo ocupar el puesto de su hermano —respondió el hombre, en un castellano correcto en todo menos en el acento.

El Coyote arqueó las cejas y lanzó un silencioso silbido. La voz, aunque desfigurada por el distinto idioma, era inconfundible.

—¡Pack Manigan! —susurró el Coyote.

¿Qué podía hacer el «Cobra» en el Rancho de San Antonio? ¡Y en la habitación de Paquita!

—No... sólo mi hermano podía arreglar eso —contestó la muchacha. Cubrióse el rostro con las manos y sollozó—: ¡Es terrible! ¡Estoy perdida!

—No es necesario que diga que no soy su hermano —replicó el hombre—. En Los Ángeles me he presentado como Sonora. Nadie ha dudado. Lo que él pudiera hacer, también puedo hacerlo yo. Le he dado pruebas de que su hermano me envía.

—De palabra...

—¿Las esperaba de otra manera?

Paquita inclinó la cabeza.

—Sí... —musitó—. Sí.

—¿Le servirá esto? —preguntó el hombre, agregando, en seguida—: *Lo sagrado debe volver donde estuvo, donde el hombre lo puso para servir a Dios.*

El Coyote captó el asombro de Paquita, que abrió los ojos de par en par al oír las extrañas palabras de Manigan. Pero en seguida el asombro fue sustituido por la cautela, la suspicacia y la duda.

—¿Qué quieren decir esas palabras? —preguntó.

El hombre encogió, impaciente, los hombros.

—¿Es que no lo sabe? —preguntó.

—Son... palabras... sólo palabras —replicó Paquita.

—Que significan algo.

—Quizá... si las pronunciara un hombre de nuestra raza.

—Como usted quiera. Vine a ayudarla. Vine porque su hermano no puede venir y tal vez a estas horas habrá muerto. Y si se salva no llegará a tiempo de salvar lo que debe volver donde estuvo. Él me dijo que repitiera estas palabras. Hay que salvar lo que pertenece a Dios y no es de los hombres.

Paquita se llevó las manos a las sienes como si quisiera contener el estallido de sus encontradas ideas.

—No sé... No sé —dijo—. Déjeme reflexionar. Si él le dijo la verdad, no le ha de extrañar que yo me porte así. Es una herencia tan terrible...

—Su hermano me dijo que había dudado durante mucho tiempo y que demasiado tarde se había dado cuenta de que fue un error haber dudado. Por eso me comisionó para que viniera...

—¡Déjeme tiempo! —pidió Paquita—. Por lo menos hasta mañana a esta misma hora. Sólo le pido eso.

—Comete un error, señorita. Yo me he complicado en este asunto sin ningún interés y sin la esperanza de obtener ningún beneficio. Sé que nada bueno puede redundar de todo ello y quería ayudarla. Yo sé lo que es tener un peso sobre la conciencia. Comprendí la inquietud y desesperación de su hermano y quise hacerle un bien. Volveré mañana por la noche. Decida una cosa u otra; porque pasado mañana he de regresar a Méjico.

—Vuelva mañana —respondió, aliviada, Paquita—. Mañana ya sabré lo que debo hacer.

El hombre saludó secamente a la joven y se volvió hacia la ventana, diciendo:

—Apague la luz. No sería bueno para su reputación que me vieran salir de su cuarto a estas horas.

Paquita apagó de un soplo la vela que alumbraba la estancia, y el Coyote, que se había apartado para no ser visto, oyó abrirse la ventana y gemir la suela de una bota al pi-

sar el alféizar. Luego la silueta de Pack Manigan pasó ante él.

Cuando el «Cobra» se erguía, después de su salto, sus manos buscaron instintivamente las culatas de sus revólveres, a pesar de que sus oídos escucharon perfectamente estas palabras:

—¡Soy el Coyote! ¿Se acuerda de mí, Pack Manigan, alias el «Cobra»?

Este no llegó a sacar los Colts. Terminó de erguirse y se volvió hacia el hombre que le había hablado. A pesar del tiempo transcurrido, también él recordaba la voz del Coyote y no tuvo duda alguna acerca de su autenticidad.

—¿Qué tal? —preguntó, sin tender la mano al hombre que tanto hiciera por él^[1].

—Muy bien —respondió el enmascarado—. No esperaba verle por aquí.

—Yo aún no le veo —replicó el «Cobra».

—Apartémonos un poco de la casa y... me verá —indicó el californiano.

Los dos hombres se alejaron un poco, uno al lado del otro, sin pronunciar más palabras hasta que la claridad lunar que se filtraba a través de las nubes les permitió verse mejor.

—Sigo sin ver mucho —dijo el «Cobra», señalando el antifaz.

—Es una precaución que todavía considero necesaria —replicó el enmascarado—. He oído algo de lo que habló con la chica. Quiero hacerles un favor a los dos. Ella se convencerá de que usted quiere ayudarla cuando la lleve donde está atado y asegurado el señor Robert Libby, quien, a cambio de poder salir de la cabaña y recobrar su libertad, no tendría inconveniente en casarse con Paquita aunque ésta fuese más fea que Pandora.

—¿Tiene al muchacho de quien ella está enamorada?

—Sí. Y, la verdad, no sé qué hacer con él. Creo que casado con la chica resultará más manejable y menos molesto